

¿Requiem por Amistad 404?

Carlos Luis Rodríguez

(Publicado en *Palabra Nueva*, Año V, nº 56, La Habana, marzo-abril 1997)

*La casa que la luz fuerte derriba / me
da un gusto de polvo en la garganta,
deshumbra / como un dolor su lenta de-
cisión de morir, su fatigosa / decisión
de morir, su pena inmensa.*

«La Ruina»
ELISEO DIEGO

DE PASO POR LA CALLE AMISTAD, EN LA barriada de Centro Habana, no pude menos que detener mi andar y presenciar que parte del edificio donde habitara el compositor y director cubano Gonzalo Roig (1890-1970) es sólo ruinas, todo ha quedado entre vigas desgarradas, polvo y los picos que van demoliendo lo que quedó en pie. Cuántos recuerdos vinieron a la memoria en ese instante, muy especialmente las tardes de sábado en que allí nos reuníamos poetas y músicos en la habitual peña o tertulia que convocaba Zoila Salomón, viuda de Roig. Aquella casona del primer piso parecía detenida en el tiempo, en un tiempo que no conocía de restauración capital o parcial, en un tiempo que iba más allá de palabras y de alguna composición nacida en ese espacio tan familiar y lleno de vivencias.

Las impresiones que me transmiten Zoila Salomón, su hija Mayra Pastrana y Dulcila

Cañizares en entrevistas realizadas con respecto a este derrumbe no son menos que conmovedoras y reflexivas. A mi entender algo tan terrible bien se pudo evitar.

C. R.: Me gustaría que ustedes tres, tan vinculadas al maestro Gonzalo Roig, me comentaran recuerdos relacionados con la casona de Amistad 404.

D. C.: La primera vez que estuve en Amistad 404 fue para solicitarle una entrevista al maestro Roig, en 1970. Luego estuve dos tardes más con él. Pero el primer recuerdo es la gran sala, con sus paredes cubiertas de fotografías y pinturas; las vitrinas de su colección de perritos, batutas, trofeos y objetos que eran golosina para los ojos de un investigador; el busto que le hiciera Gelabert, sus bastones en la antigua bastonera, el piano y su sillón. Casi todos tenemos un lugar preferido para descansar, leer, conversar con los amigos, y Roig tenía el suyo, único lugar donde se sentaba en la sala, con la excepción de la butaca del piano, cuando tocaba. Era un sillón viejo, con el fondo remendado con madera y un cojín que atenuaba su dureza. No era más que un viejo sillón, pero era «el sillón del Maestro», y para mí, como para muchos de sus amigos, devino símbolo, lugar casi sagrado en el que —lo confieso— no me atrevía a sentarme, porque hubiera sido una falta de respeto, casi una profanación.

Recuerdo con detalles precisos la primera vez que vi a Gonzalo Roig en su casa. Eran más de las cuatro de la tarde y Zoila Salomón —a quien tampoco conocía personalmente— me recibió y me pidió que esperara, porque el Maestro estaba durmiendo su respetada siesta. Me senté en la sala y me detuve en el entorno, que tenía un sello muy personal. De pronto sentí pasos que se acercaban por la habitación contigua a la sala y vi que se acercaba un viejecito con grandes dificultades para caminar. Zoila lo traía del brazo y sus pasos eran cortos, inseguros. Daba una impresión de fragilidad, de vencimiento físico. Me impresionó verlo tan anciano, porque hacía mucho que no aparecía por ninguna parte y la imagen que guardaba de él era bien distinta a la que tenía ante mí. Saludó y se sentó, siempre ayudado por Zoila, en su sillón. Empezamos a conversar y le expliqué que quería una entrevista en la cual me hiciera una panorámica de la música en la primera década de este siglo, para un estudio sobre el Barrio de San Isidro que tendría como hilo conductor a Alberto Yarini, el famoso proxeneta. Entre otras cosas, yo deseaba romper «el mito Yarini». Cuando comenzó a hablar, una anécdota se enlazaba con otra y sus carcajadas eran contagiosas, alegres, agradables. Su conversación era inacabable y yo me sentí alucinada, porque, de pronto, dejé de verlo viejo. Era su magia. Durante aquellas tres tardes me envolvió en una especie de sortilegio, de inolvidable hechizo. Habló de lo que le pregunté y de lo que se le ocurrió, de recuerdos de su infancia, su abuela, su música, aparte de las preguntas que le hice. Fueron tres tardes de encanto, de poesía, de risas y carcajadas, de ternuras y recuentos: horas en que me habló bien, regular y mal de muchas personas vivas y muertas. Fueron un inolvidable regalo que me hizo la vida aquellas tardes junto al maestro Roig, hechicero de la palabra y la carcajada y de lograr que los espejuelos, casi en la

punta de la nariz, no se le cayeran y le sirvieran, increíblemente, para ver. Tres meses más tarde falleció Gonzalo Roig y pasado un tiempo su viuda me solicitó que hiciera su biografía. A partir de entonces, Amistad 404 se convirtió en mi segunda casa, gracias a la bondad y la confianza que Zoila depositó en mí. Me permitió registrar hasta el último cajón, las gavetas de los viejos escaparates, el archivo de Roig. Todo, todo... Esa casa dejó de tener misterios para mí, aunque, de manera inevitable, era ella misma un misterio. Supe que había tenido una enredadera de rosas amarillas en el patio central, donde Zoila sembró disímiles plantas en vasijas de cualquier tipo, que me encantaban. Cuando finalicé la biografía del Maestro, me alejé físicamente de la casona, aunque siempre mantuve conversaciones telefónicas con Zoila. Un día me dijo que habían apuntalado la sala, porque su estado era cada vez peor. Fui para allá y me invadió una sorda tristeza: me dolía que la casa del maestro Gonzalo Roig estuviera en ese mal estado de conservación. He estado al tanto para solucionar la reconstrucción del edificio, pero el derrumbe me dejó anonadada. La existencia de sus muebles, sus vitrinas, los cuadros, sus enormes fotografías, el piano de cola, los libros, el sello personal de aquella sala, se han perdido para siempre.

Z. S.: Estoy muy disgustada, no por mí, sino por Gonzalo Roig; es su memoria la que hay que salvar. Él fue una persona que lo dio todo por Cuba, y en Cuba. Yo comienzo a vivir en Amistad 404 cuando él enferma, en 1967. Su familia ya lo había abandonado. Siempre respeté sus hábitos de diario vivir. Yo siempre lo priorizaba por encima de mi familia, tomó mucha dependencia conmigo. Estoy segura de que él murió satisfecho de mi deber cumplido. Yo sabía lo que él significaba, no sólo en el plano personal sino también como músico. *Quiéreme mucho* es casi nuestro segundo himno nacional.

C. R.: ¿Poseía Roig un carácter místico, de personalidad compleja?

Z. S.: Roig, como todo ser humano, y como artista al fin, unos días andaba con los pies y otros con la cabeza. Afable, tierno, caballeroso, por momentos lo invadía un mal carácter...

D. C.: Pero también muy jaranero, muy conversador, te maravillaba platicar con él.

Z. S.: Era una persona de muchos proyectos, meses antes de morir tenía grandes planes de componer.

C. R.: ¿Entre esos planes inconclusos se podría mencionar la ópera *Francisco*?

Z. S.: Roig me planteó un día que tenía el primer acto y el segundo, pero en su mente; ya la facilidad para escribir, que no poseía, no le permitía plasmarlo en el papel. Muchas otras composiciones se perdieron. Recuerdo una anécdota de Roig que me contó estando en un pueblo del interior; allí alguien se le acercó y le mostró una composición escrita sobre un mantel, de papel o de tela. Roig al verla le dijo que era bonita, que estaba bien elaborada, el individuo le replicó que ésa era de él. Dime, ¿dónde crees que quedó eso?

C. R.: ¿Roig nunca le planteó la posibilidad de mudarse?

Z. S.: No, él nunca saldría de allí, ése era su espacio, la casa de su abuela Magina. Aquello era algo que él veneraba por encima de todo. Ésta es también una posible respuesta al carácter místico que él poseía y que me preguntabas anteriormente. Su fe era muy abierta, y entre sus amigos se podían contar los que profesaban las más variadas creencias religiosas.

C. R.: La partida de la familia Roig hacia el exterior, ¿cree usted que afectó su delicado estado de salud?

Z. S.: Sí, muy especialmente la de su nieta Cecilia, por quien sentía una gran devoción. En diciembre de 1969 partieron su hija Matilde y su nieta. Seis meses después él falleció.

D. C.: Es cierto Zoila, pero también se afectó luego de que se marchara su hija Magina.

Z. S.: Puede ser, pero lo que él nunca aceptó fue abandonar Cuba. Oportunidades tuvo de sobra y nunca aceptó alguna, ni siquiera las presiones familiares.

C. R.: A partir del fallecimiento de Roig, ¿cómo ha logrado usted mantener viva la personalidad de este artista?

Z. S.: Entre otras cosas he tratado de mantener una Peña que, primero, tuve en la casa de Amistad, y por el temor de un posible derrumbe la suspendí. En la actualidad se realiza en la Galería Galiano.

C. R.: Esta peña quedó interrumpida y con ella toda la labor dentro de la casa por la aprobación de un proyecto de restauración en el año 1984. Mayra, ¿en qué consistía ese proyecto, en qué devino, quedó tronchado con el derrumbe, se mantienen los planes iniciales?

M. P.: Espero que se puedan llevar a efecto, incluso se ha ratificado para acometerlo, a pesar del derrumbe. El Poder Popular en un principio no contempló en sus planes la restauración del inmueble, tiempo después se aprobó un plan en el que no sólo interviene este organismo, se unen otras instituciones y personalidades. Después tomó fuerzas y auge: se confeccionó un proyecto cultural que abarcaba no sólo la restauración y reconstrucción de la casa, sino, además, la creación de un complejo cultural que ocuparía todo el edificio. El grupo decidió incorporar el segundo piso, pero allí vive una familia a la que hay que ubicar en otra casa. Una vez hecho esto, empezarán todas las obras. La casa para esa familia nunca apareció. El dinero para la inversión está garantizado tanto en moneda nacional como en divisas. Ésta última fue aprobada por la Oficina del Historiador.

Durante el pasado año, mi madre y yo trasladamos para mi casa muchas pertenencias de Roig, las más frágiles y las de más valor, pre- viendo un derrumbe. Incluso tratamos de que

el Instituto de la Música se llevara el piano para una total reparación, pero jamás se hizo.

En la madrugada del jueves 30 de enero ocurrió el derrumbe de la sala y el estudio continuo. Todo lo que allí había se perdió: el piano, el busto de Gelabert, los estantes y librerías, el sillón de Roig... Aún no te puedo precisar las pérdidas.

Hay un apoyo, por lo menos verbal, incluso material en muchos aspectos, para mantener y priorizar la reconstrucción. Te repito, no sé en qué termine toda esta desagradable situación.

D. C: Espero que se realicen los trabajos de reconstrucción pero, por desgracia, ya nunca será como fue, porque aquel sello de Gonzalo Roig, sus huellas, el viejo sillón donde se sentaba, ya han desaparecido para siempre.

Salvar este recinto es también salvar la memoria, la identidad cultural de nuestra patria. La razón y las buenas intenciones deben imponerse más allá de tantas limitaciones. Los cubanos agradeceríamos ver levantada de sus ruinas la casona de Amistad 404.

